Hubo que dinamitar aquella pared por completo para acceder a la cámara, pero sigo creyendo que el trabajo valió la pena. Escombros y polvo saltaron por doquier hacia nosotros que, a distancia prudente, saboreamos con los ojos los tesoros que allí nos aguardaban.

         Oro, zafiros, rubíes, esmeraldas y amatistas. Cada joya tenía su lugar en aquella pequeña tumba, y las riquezas parecían invaluables. Nuestros bolsillos no tardaron en llenarse tan rápido como nos lo podíamos permitir.

         Mientras me guardaba un pesado granate en el saco que había preparado, un silbido me llamo la atención. Deje caer mi recompensa al suelo y me acerque, limpiando mis manos con mi camisa, a donde mi compañero me esperaba.

         Había descubierto algo. Era un pedestal, y sobre él había un antiguo libro, roto y desvencijado. Los jeroglíficos que lo coronaban nos resultaron fáciles de leer:

.

   “Quien abra el libro de Aktamerun, conocerá las nueve plagas. Así lo ha dicho Gej, hijo de Ilandar, cuyo poder perdurara a través de los muertos, en toda la eternidad”

.

     Mi compañero y yo nos miramos. Parecía un libro impresionante y muy antiguo. Seguro que, si lo llevábamos al mercado, lo podíamos vender a buen precio.

        Lo dejamos allí sin tocarlo.